



Que el turismo literario se ha constituido en los últimos años como una alternativa rentable, es una realidad que no se puede negar. Reliquia en unos casos, reconstrucción en otros, simple señuelo en muchos, los lugares que han poblado la imaginación de los escritores ejercen una atracción a la que, por una especie de extraña metonimia, tampoco son ajenos los objetos y espacios que los escritores mismos poblaron. La Ruta del Quijote o el falso balcón de Julieta en Verona despiertan tanto el interés de los turistas como la casa natal de Kafka en Praga o la de Dante en Florencia. Cada vez hay, de hecho, una mayor presencia de “lugares literarios” en las guías de todas las grandes capitales europeas.

Lo que no está al alcance de muchos es poder dar la vuelta al mundo y recorrer tres continentes siguiendo las andanzas de uno de tus autores preferidos... Porque esto es lo que hizo Nicholas Rankin quien, tras más de veinte años trabajando como productor de éxito en la BBC, se embarcó en el ambicioso proyecto de seguir el rastro de uno de los escritores más inquietos del siglo XIX, Robert Louis Stevenson. De este modo, de la Escocia natal a la tumba del escritor en Samoa, pasando por las casas que habitó en Cockfield, en Grez, en California, en la Costa Azul o en Bournemouth, Rankin se ha dedicado a recorrer todos los espacios habitados por Stevenson para conformar una obra que es, al mismo tiempo,

libro de viajes y biografía. El resultado es la constatación de que, después de cien años, no sólo las huellas de Stevenson siguen visibles en gran parte de los lugares recorridos, sino que muchos de ellos se han convertido hoy en día en un verdadero filón turístico.

Con el objetivo de trasladarnos esta presencia viva, en su recorrido Rankin no deja de anotar en su cuaderno ni una sola placa conmemorativa de las casas que Stevenson ocupó, ni puede evitar la curiosa veneración que le producen todos los objetos que albergan los museos dedicados al escritor, ni puede dejar de hacer cientos de kilómetros tan sólo para sentarse donde Stevenson un vez se sentó, señalando, al mismo tiempo, cómo mientras que en unos casos la civilización ha avanzado inexorablemente, en otros todo parece permanecer exactamente igual. Y son tal vez estos los momentos más interesantes del libro, aquellos en los que, a partir de la evocación de textos en los mismos lugares que le sirvieron de inspiración, Rankin logra acercar al lector el verdadero hábito de Stevenson. Pasado real, pasado imaginario y presente se unen de tanto en tanto para traer la actualidad, fresca y concisión de la prosa del escritor escocés. Las páginas dedicadas al jardín de la casa de Colinton Manse, origen de *Jardín de versos para niños*, o la descripción del pueblo de North Berwick, que utilizó en la redacción de *Los portadores de faroles*, son, en este sentido, algunas de las mejores páginas del libro.

En este recurso a las referencias y a las citas en los lugares concretos en que se gestaron radica tal vez el principal interés de una obra que, al tratar de un autor sobradamente conocido, difícilmen-

NICHOLAS RANKIN, *Robert Louis Stevenson. De Escocia a los Mares del Sur*, traducción de Paloma Gil Quindós, Siglo XXI, 2010, 479 pp. ISBN 978-84-323-1431-5. (*Dead Man's Chest: Travels after Robert Louis Stevenson*, 1987).



te puede añadir algo a su biografía: su nacimiento en 1850 en el seno de una familia repleta de ingenieros e inventores dedicados a la construcción de faros; los tempranos problemas pulmonares que le harán buscar incansablemente un lugar propicio donde asentarse; el descubrimiento del placer de contar, espoleado por esos fantasmagóricos relatos bíblicos rebosantes de culpabilidad calvinista que le leía su nodriza Cummy; su boda americana con Fanny Osbourne, el amor de su vida; el escándalo y el éxito de dos de sus novelas, *Treasure Island* (1883) y *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde* (1886); o los seis años que pasó vagando por el Pacífico Sur hasta su muerte en 1894 en un pequeño pueblecito de Samoa a los 44 años de edad.

Si se añade además el hecho de que Stevenson se nutrió constantemente de sus propios viajes como materia novelesca (como en *An inland voyage*, de 1878, una de sus primeras obras, sobre el trayecto realizado en barca de Amberes a Bruselas; *Travels with a Donkey*, de 1879, relato de su experiencia por el Macizo Central de Francia; o *The Amateur Emigrant*, de 1880, sobre su experiencia recorriendo los Estados Unidos de costa a costa en ferrocarril), se puede decir que el libro de Rankin es, si se permite la expresión, una especie de *metaviaje*, una novela de viajes que habla de viajes, una novela en la que se combinan a cada paso la biografía de Stevenson, la evocación de sus libros de viajes y la experiencia del propio viaje de Rankin. Triple viaje, pues: a través de la biografía de Stevenson, a través de la literatura y a través del presente mismo del biógrafo.

Pero en toda obra híbrida, el equilibrio entre los planos que la conforman debe imponerse como una necesidad. En este sentido, a quien se acerque al libro pretendiendo leer una biografía de Stevenson tal vez le convenga comprobar a priori que el título original, *Dead Man's Chest: Travels after Robert Louis Stevenson*, remite más al tercer elemento, al propio viaje de Rankin, que a los otros dos. Y es que mientras que en algunos capítulos la presencia del Rankin viajero y lector sirve para enriquecer el texto a base de comentarios e impresiones personales (como en los primeros capítulos dedicados a la infancia de Stevenson, la excursión al faro de Bell Rock o las visitas a las primeras casas que habitó, como Heriot Row), en otros, por muy interesado que esté Rankin en dar noticia de su devenir personal, el lector no puede dejar de pensar que la vida y obra de Stevenson no se merecen pasar a un segundo plano y menos por algo tan banal como puede ser la conversación de Rankin con su compañero de asiento en un autobús de la Greyhound. En demasiadas ocasiones (el ejemplo más claro puede ser el extenso capítulo dedicado a la estancia de Stevenson en Norteamérica, el segundo más extenso del libro con casi cien páginas dedicadas a un país en el que Stevenson estuvo algo menos de un año) la insulsez de sus apreciaciones lastra el relato. Estos pasajes en los que Rankin se aleja del material estrictamente biográfico son, además, los que evidencian de forma más rotunda sus escasas dotes de prosista.

Todo ello no quita que la obra tenga momentos de gran interés para el lector español, sobre todo al ofrecer una visión de Stevenson más allá del estereotipo del escritor de viajes fantasioso y aventurero que nos muestran sus novelas más conocidas y que siguen presentes tanto por sus frecuentes reediciones como por las múltiples adaptaciones que se han hecho de ellas en cine y televisión. De hecho, algunas obras escasamente conocidas fuera del ámbito anglosajón muestran a un Stevenson sensibilizado desde muy temprano con las diferencias sociales (como en *The Emigrant Ship*, inspirado en su experiencia a bordo del buque Devonia que lo llevó en 1879 de Glasgow a EEUU para encontrarse con Fanny y casarse) o su honda preocupación por el devenir político de las islas del Pacífico, hacia donde partió en 1888 para no regresar, con-



vertidas ya entonces en la trastienda del colonialismo más feroz (esa presencia de “delitos privados para fines públicos” que denuncia en *A Footnose to History: eight Years of Trouble in Samoa*, de 1892).

El relato de la amistad de Stevenson con Henry James durante su estancia en Bournemouth, donde también conoció al hijo de Mary y P.B. Shelley (muy curiosa la anécdota sobre el corazón disecado del poeta que su nuera guardaba en un relicario del salón), las citas de otros escritores en torno a su obra (como las dedicadas por G.K. Chesterton a *Las nuevas noches árabes* a la que consideraba como su mejor y más novedosa obra), el interesante encuentro con los hermanos de Graham Greene, emparentados por línea materna con el escritor escocés, o la breve relación inicial que mantiene Rankin con un Jorge Luis Borges enamorado de la prosa de Stevenson, son algunos de los momentos que hacen que leer la obra de Rankin merezca la pena.

Si se tienen presentes algunas biografías de escritores conocidos (las exhaustivas biografías de James Joyce y Oscar Wilde escritas por Richard Ellmann, o las delicadas y concisas obras de Stefan Zweig en torno a Balzac y Montaigne, o los detallados textos de Henri Troyat dedicados a Antón Chéjov, por señalar obras con tres enfoques diferentes), la novela de Nicholas Rankin parece dejar muchas cosas de lado. Faltan páginas en torno a la génesis de algunas de sus obras más allá de la referencia a la localización en la que tienen lugar, o cuál fue el proceso creativo que llevó a algunas de ellas, o qué recepción encontraron en el ambiente literario del momento. Si, por el contrario, se considera la vida y obra de Robert Louis Stevenson como el hilo conductor de una novela de viajes, el texto de Rankin no sólo se deja leer con agrado, sino que tiene la virtud de despertar el ansia de retomar alguna de esas páginas que se leyeron de niño (¿por qué Stevenson sigue estando asociado a la literatura infantil?) para adentrarse, desde una perspectiva más amplia, en el fascinante mundo de *El club de los suicidas* o de *Aventuras de un cadáver* o de *El diablo en la botella* o... ¿Qué mejor excusa para volver a encontrarte con un viejo amigo?

Juan Pérez Andrés